

EN LO QUE DURA UN SUSPIRO

¿La valentía con prudencia se convierte en cobardía?
Si el amor es fingido, ¿la amargura envuelve tu vida?
Siempre quedará una luz para volver a empezar.

Me da mucha vergüenza pero mi madre se ha empeñado en que vaya y tengo que hacerlo.

El portal está abierto. Entro y subo dos plantas por las estrechas escaleras que llevan a la casa, llevando mi guitarra a cuestas.

Treinta y cuatro, treinta y cinco y treinta y seis. Es la última puerta del último pasillo. Antes de entrar puedo oír el ruido de los otros niños, que practican con sus instrumentos. Ninguno suena a música, que digamos.

En algún momento de mi vida he debido decir que quería aprender a tocar la guitarra, aunque no lo recuerdo. Pues justo en ese momento mi madre sí debía estar escuchándome, porque estoy apuntado a las clases de la señorita Upe. Martes y jueves por la tarde tengo que venir durante una hora y media. La primera hora de solfeo para aprender a leer las partituras y luego media hora de guitarra.

El año pasado estuve yendo a casa de un guitarrista conocido en el pueblo que me enseñó a tocar algunas canciones de Machín y eso, pero no era un profesor, profesor, o eso me hicieron creer. Realmente creo que me cambiaron porque era mucho más caro que la señorita Upe.

Llevo viniendo un mes y de momento solo me ha enseñado tres acordes. No me siento nada cómodo, y yo creo que la mayoría de los niños tampoco.

Es un ambiente muy serio y la señorita es un poco rara. Cuando te mueve la mano en compás de cuatro por cuatro para pasarte la lección, se fija en tus ojos, con la mirada como perdida en alguna parte. No sé,..., es como si te mirase a ti, pero estuviese viendo otro mundo. Me gustaría saber en qué piensa realmente.

Nos mete a todos en una habitación de la casa. Es pequeña y estamos sentados formando un corro cuadrado de atriles, fijamente observados por niños atontados. Nuestras caras en las partituras, sin hablar, intentando leer esas líneas a la mayor velocidad posible. Negras, corcheas, redondas, blancas, silencios, clave de fa, clave de sol,... Cuando termino me duele la cabeza y todo.

Ella dice que tengo que presentarme en septiembre al examen de primero de solfeo,..., ¡pero si yo no quiero! A eso no creo que vaya.

Me gusta acariciar las teclas del piano cuando me voy y recomtar todos los días las negras, como si fuese a faltar alguna. En general me divierte contarlos todos. El piano sí que me apetecería aprender a tocarlo.

Sin embargo, sigo viniendo, no quiero decepcionar a mi madre.

Caminando de vuelta a casa ya me encuentro mejor, más arropado, más tranquilo. Yo me definiría como un niño un poco asustadizo, con muchos nervios y

pocos amigos. Bueno, pocos o mejor dicho, ninguno. Tengo muchos compañeros del colegio con los que me llevo bien, pero no tengo amigos, amigos.

No me gusta jugar al fútbol y eso en mi pueblo es un problema, aunque supongo que para cualquier niño de doce años lo es. A la mayoría de los del barrio sí les gusta, así que no suelo salir a jugar a la calle y paso mucho tiempo en casa.

Una buena parte la paso cocinando con mi abuela, que vive con nosotros desde que murió el yayo. Ella me dice lo que tengo que ir haciendo y yo lo voy preparando. Mientras tanto, escucho como canta sus canciones de siempre.

Hay una que repite todos los días sin falta, en la que habla de Alfonso XII y su nueva mujer. El Rey acaba de casarse con una muchacha muy guapa, aunque muy joven y yo diría que “delicadita”, porque se muere nada más casarse. Después cuenta cómo pasean el ataúd por las calles de Madrid, antes de enterrarla, que tampoco entiendo para qué lo hacen y me parece todo un poco triste. Pero a ella le gusta mucho, la canta “a grito pelao” por la ventana de la cocina, para que todas las vecinas vean lo bien que se la sabe.

Me deja ayudarla a batir huevos, empanar filetes y hacer machados de ajo, perejil y vino blanco. Me deja echar la sopa en el caldo, hervir la leche, hacer las bolas de las albóndigas y pasarlas por harina,..., y sobre todo, hacerle compañía.

Nunca puedo freír nada porque no quiere que me queme. Sin embargo, yo veo cómo ella pasa el trapo por entre los fogones encendidos, e incluso coloca las piedras de los fuegos, cuando están ardiendo, como si tuviera las manos del *Hombre Antorcha*, ¡y no se quema! ¿Será una súper heroína que ha envejecido por algún conjuro? ¿Eso me convertiría a mí en un héroe en prácticas?

Yo la quiero un montón. Es de las pocas personas que miro a los ojos y no me preocupa lo que piensa. Cuando me miran, siento que lo hacen solamente a mí. Los veo transparentes.

La mejor comida que hace mi abuela son las patatas revueltas. Creo que es la única que echa tomate frito y huevo picado por encima. Cuando las ponen de tapa en los bares eso no lo suelo ver. Me comería dos platos cada vez que las hace. ¡Ah! ¡Y las albóndigas también! Es una cocinera de diez.

Otra cosa que me gusta mucho es la tele. Mis padres piensan que paso mucho tiempo delante de “la caja tonta”, como la llaman. A mí me parece muy entretenida.

Después de ver algunas series, como “V” que me mola mucho, mi imaginación se dispara. Me meto en la piel del prota y comienzo a inventar en mi cabeza nuevos episodios que continúan el último que han puesto. Lucha contra los alienígenas, viajes espaciales, combates con armas siderales, invasiones, seres alucinantes,..., no creo q eso sea malo. También veo *Barrio Sésamo* y *La Cometa Blanca*, pero prefiero no comentarlo mucho, porque son muy de críos.

No te vayas a creer que no hago otras cosas. Muchas veces mi tiempo lo paso devorando cómics de *Zipi y Zape*, *Mortadelo y Filemón*, o jugando con los *Lego*.

También tengo una mini consola de *Nintendo*, una de color naranja de dos pantallas, donde el *Donkey Kong* tira barriles sin parar, cada vez a más velocidad, mientras *Super Mario* los salta y rescata a la chica, quitando ganchos de una grúa. Es un poco rollo, pero engancha.

Hace un año, los Reyes nos trajeron un *Spectrum*, uno de esos ordenadores caseros que están saliendo nuevos y que se conectan a la tele. Le puedes hacer programas con pequeños juegos. Eso es algo que nos entretiene mucho los fines de semana.

Mi hermano compra una revista y nos pasamos tardes enteras metiendo un montón de números y letras en un idioma que llaman *Código Máquina*. Después lo pones en marcha y el juego funciona con los botones del ordenador.

Ese sí que no sé lo que piensa, ni me importa mucho la verdad, mi hermano y yo siempre nos estamos peleando.

Mañana es miércoles y toca ir al colegio, aunque no me importa demasiado hacerlo. Soy de los que mejores notas de la clase saca y en general no lo llevo mal.

Lo que menos me gusta son madrugar y las clases de educación física. ¡Es que Don Ramón se empeña en jugar al dichoso fútbol! Cuando toca baloncesto o ejercicios en el patio me gusta más, pero el fútbol,..., ¡no lo soporto! Ya le he cogido manía.

En el otro lado están las clases de inglés, que son las más divertidas. Me siento bien aprendiendo a hablar en otro idioma. Es como decir lo mismo, pero de otro modo, como cuando una persona te dice algo y no la entiendes, pero sus ojos te aclaran lo que quiere. ¿A ti no te pasa? A mi sí.

Bueno, a la señorita Victoria, que da lengua extranjera, no le pasa, no, ya te lo digo yo. Esa sí que me gustaría saber lo que piensa mientras nos hace repetir innumerables veces el *TO BE* y el *TO HAVE* en voz alta. Tiene la mirada más perdida, que la esperanza que tiene mi padre en que España sea campeona del mundo de fútbol.

Mi tutora es Doña Rosa que es una mujer mayor con cara de pocos amigos, aunque solo tiene la cara. En realidad es una señora muy amable que explica muy bien las cosas, o al menos, así la veo yo.

Esta un poco obsesionada con la religión. Todas las semanas nos hace ir a casa del cura a buscar las lecturas de los evangelios que se van a dar en la Iglesia. Solemos ir mi amiga Soraya y yo, las traemos y las comentamos en clase. Ella dice que es para que, cuando vayamos el domingo a misa y las lean allí, las entendamos, pero bien, bien. Llevamos así varios años, así que al final vamos a terminar leyendo la Biblia de cabo a rabo.

Una, dos, tres, cuatro – me pregunto que habrá para cenar – diez, once, doce – espero que no sea pescado otra vez – dieciséis y diecisiete escalones.

Odio el sonido del timbre de mi casa, prefiero llamar a la puerta tocando suavemente varias veces con los nudillos. De esta manera, mi abuela sabe que soy yo.

Vigilo la mirilla para ver si cambia la luz que se deja ver a través de ella. Cuando se queda oscuro es que alguien está mirando, y si parpadea como un ojo, es que se acercan por el pasillo a abrir la puerta.

¿Cómo serían las casas antes de haber electricidad? ¡Sin luz y sin tele! Vaya rollo, ¿no?

¿Y antes de haber váter? Eso debía ser aún peor, ¡seguro!

Parece que no me escuchan y he llamado dos veces. Ocho, nueve – sigue sonando – catorce y quince. El timbre retumba en mis oídos durante más segundos de lo que mi cabeza quiere soportar, pero no he tenido más remedio que usarlo.

Ahora sí me guiña el ojo la mirilla de la puerta y se abre de un golpe. Puedo ver a mi hermano girar la cabeza y desaparecer de delante de mis narices sin decir ni hola.

Le veo corriendo de vuelta por el pasillo hacia el comedor de la casa. Huele raro.

Avanzo por el corredor hasta mi habitación para dejar la guitarra. No es que pese demasiado, pero todavía me saca un buen trozo de alto y se lleva muy mal. Siempre la dejo en el rincón, bajo la ventana.

Alguien me contó que los instrumentos musicales son parecidos a las personas. Necesitan luz, que les hablen, que les acaricien y que les dé el aire. No sé si es cierto, pero yo por si acaso,...

Me gusta cuidarla.

A veces meto un poco la cabeza y miro en su ojo, a ver si la veo por dentro y la conozco mejor, pero lo hago de broma, sé que solo es una guitarra, ¿o no?

Es la voz de mi madre la que oigo como un pequeño susurro en mi cabeza. Suena lejana, baja, cobarde y hasta lenta. Está hablando con mi padre en su habitación, con la puerta cerrada.

Me estoy asustando, mi padre no suele estar en casa a estas horas. Él es más de bajar al bar de la esquina a comprar tabaco y después contarnos una película. Que ha tenido que ayudar a arreglar el coche de algún amigo, que tenía que decirle a un vecino cómo se monta una cocina, o que estaba explicando a algún primo cómo se hace una paella en condiciones. Todos sabemos que se pasa las tardes en el *Beletrí* tomando cañas y fumando. Puedo verle apoyado en la barra que hay frente a la entrada, desde la ventana de mi habitación.

Hay una regla no escrita que impide a los niños entrar en las habitaciones de los padres si su puerta está cerrada. Eso me dijo una vez mi hermano y yo la sigo a rajatabla.

Un pie, otro, izquierdo, derecho, pasos descalzos, pequeños y silenciosos que me llevan a la puerta del salón. Observo a mi hermano moviendo la cabeza de un lado a otro, con el mismo vaivén que lleva la Góndola de las ferias. Está tirado en el sofá, con los cascos puestos a todo volumen y descalzo para que no le mate mi madre si le pilla. Desde aquí puedo distinguir el tipo de música que escucha, yo diría que es *Barón Rojo* o algo así.

Creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que le miro, aunque dudo que le importe. En este momento me gustaría que alguien me dijera qué está pasando. Solo por una vez, necesito que haga de hermano mayor, pero no tiene pinta de escucharme.

Sigo aquí de pie. Llevo mucho rato mirando como meneas la cabeza, ahí tumbado. He perdido la noción del tiempo al compás del movimiento hipnótico de sus rizos. Supongo que alguna parte de mí guardaba la esperanza de que se diera cuenta de que existo, aunque solo fuera hoy. Pero soy tonto.

Con solo girar la cara puedo comprobar que la puerta de mis padres sigue cerrada. El pasillo está oscuro. Me siento invisible. La casa está callada.

Un calor recorre mi cuerpo desde los pies a la cabeza haciéndome sudar de repente y después se convierte en frío. En vacío.

Quiero saber dónde está ella. No veo sus ojos. Ni siquiera puedo sentirlos.

.....

Siete, ocho, nueve – son todas muy diferentes – doce, trece – unas demasiado nuevas, otras demasiado grandes, algunas demasiado lujosas y otras que solo tienen una cruz – veinte y veintiuna. Todas demasiado tristes.

Para ser una mañana de febrero no hace nada de frío. El cielo está casi azul. Hay algunas de esas nubes blancas y alargadas que parecen hechas de algodón estirado, pero que no llegan a tapar el sol. Se cruzan con un par de estelas de aviones haciendo que mi imaginación intente dibujar caras, animales, coches,..., cosas.

No es un lugar para un niño, pero hoy era un día especial y he sido yo el que quería venir al cementerio. He insistido en venir a acompañarla por última vez, igual que ella lo hizo tantas veces conmigo delante de los fogones. Se lo debía.

Desesperado me pongo en manos de Dios. Si yo pudiera hacer algo, Señor. Prometo portarme mejor. Bueno, prometo portarme bien siempre.

Juro que seré menos mentiroso y nunca más volveré a pegarme con mi hermano, pero haz que todo esto sea una pesadilla.

Seré obediente,..., por favor, Señor. Dios mío, haz que me despierte y vuelva a ver sus ojos, ¡es lo único que te pido! A cambio te daré mi alma si la quieres.

Una súplica, estúpida e infantil, que no va hacer que nada cambie. Lo sé.

Ella se ha ido definitivamente.

Mi padre se ha empeñado en explicarme que la vida es así. Que las cosas pasan de repente y que ya no entenderé cuando sea mayor. ¡Si ya lo entiendo! Entenderlo lo entiendo, ¡pero no lo acepto! No quiero que esto haya pasado.

Solo que sí ha pasado.

Engancho mi cinturón y coloco el protector. Me lo han puesto para que esa cinta infernal no me corte el cuello.

Cuando sea mayor, una de las cosas que quiero ser, es diseñador de coches. No me importa tanto que sean súper bonitos por fuera o súper deportivos. Los coches tienen que estar hechos para estar cómodos por dentro cuando viajamos, ¿no?

A ver, a mí no me caben las rodillas, si las pongo rectas. Si abro las piernas, me doy con las de mi hermano y acabamos pegándonos, si las pongo hacia delante, se las clavo a mi padre en el respaldo y lo que me suelta es un gruñido, y ya, si sentamos a la yaya en el medio, ni te cuento, ¡si no entramos tres! ¿Para qué dicen que es un cinco plazas, si atrás caben dos y mal?

Deberían ser más acolchados, con cojines o almohadas. Que pudieras poner tu propia decoración, tus propios colores. Son demasiado serios.

Deberían tener un grifo con agua para el camino y una nevera para Coca Colas. Hay que poner obligatoria una tele para el personal de atrás y que los asientos se adapten a tu culo y no al revés.

Bueno, ya haré yo una lista con todos los cambios, que hay mucho que diseñar. ¡Ay! Pobre yaya.

Los tíos han venido también a casa, tienen que ver no sé qué cosas de herencias. Ellos están todos en el salón y nos han metido, con la prima Montse y su hermano Darío, en la habitación de mi hermano – Todos juntos para que juguéis–, dice mi madre.

No tenía ganas de discutir con ella, porque aún no le he visto levantar la mirada del suelo. Se le nota que está con la cabeza perdida. Pero, ¿a qué narices vamos a jugar?

A ver. Mi hermano tiene quince años, yo doce, Montse siete y medio, y Darío casi tres. No creo que haya un juego para juntar a niños de esas edades en una habitación tan pequeña.

Afortunadamente estamos todos tan raros que ninguno ha protestado y enseguida nos hemos entretenido.

Mi hermano nos ha puesto la tele en blanco y negro que le compraron el verano pasado por las notas y se ha tumbado en la cama con los cascos puestos, pasando de todo.

Montse y yo nos hemos quedado frente a la pantalla medio hipnotizados y Darío, bueno, ese viene con juguetes incluidos. En cuanto se sienta entre las piernas de su hermana y ella le abraza, se queda tan tranquilo.

En la segunda cadena ponen un programa de preguntas y respuestas que no está mal, no sé cómo se llama. La verdad es que me parece raro que a mi prima le guste siendo tan pequeña, pero ahí la tienes, pegada a la tele como si entendiera todo lo que dicen. Me gustaría saber lo que está pensando realmente. Me quedo vigilándola un buen rato y nada, ¡ni pestañea la tía!

¡Ups! Se ha dado cuenta de que la observo y ahora me mira de frente. Uno, dos, tres – a ver cuánto aguanta – cinco, seis – sigue con sus ojos fijos en mí sin decir nada – ocho, nueve, diez – ¡Esta está tonta! ¿Qué piensa?

El aire se para. El sonido desaparece. No hace ni frío ni calor. No noto mis manos, ni mi cara, ni mis pies. No me noto respirar, ¡no noto mi cuerpo! Parece que hubiera entrado en otro mundo desde el que veo éste. Todos están paralizados y el tiempo se ha detenido.

He salido de mi cuerpo para entrar en una especie de sueño. Me veo junto a Montse, sentados en el suelo frente a frente, pero no puedo sentir, ni oír, ni oler,..., ni tocar nada. De repente la imagen desaparece y en primer plano solo están los ojos de mi prima, que cambian de color. Pasan de su marrón oscuro, al azul y ahora,..., ahora se han transformado en los ojos de mi abuela. Empiezan a moverse, a abrirse como puertas estelares.

El punto negro del centro se agranda haciendo estrecharse el color azul, hasta casi desaparecer, dejándome sitio para poder entrar.

Veinte, veintiuno, veintidós – estoy dentro de la cabeza de una niña de siete años, de sus pensamientos. Puedo oírlos, puedo verlos con toda claridad.

Me estoy asustando, y mucho.

Parpadeo y ¡zas! Aterrizo en mi cuerpo de nuevo. Me noto yo mismo otra vez. Toco mi cuerpo angustiado, buscando mi cara, mis piernas, todo. Quiero asegurarme de estar entero, ¡qué mal rato!

Mi prima gira la cabeza y sigue mirando la pantalla como si no hubiera pasado nada. Yo creo que no se ha dado cuenta de nada.

¿Ha sido real? ¿Me estoy volviendo loco?

¿De verdad piensa que soy un idiota, sin amigos y un pesado? ¡Si casi no hablo con ella!
¿Por qué cree que soy tan feo?
Va a ser que estoy muy cansado y mi imaginación me está jugando una mala pasada.
Tengo que dormir y ya está. Todo esto es por haberla perdido a ella. Seguro que es por eso y nada más.

.....

Quiero coger la barca hinchable pero no me la deja. Siempre dice que le toca a él. Me tiene hartado, a ver si se pierde por ahí con ella y desaparece.
¿Y mi padre? Mi padre encima se descojona viendo cómo mi hermano me mangonea.
¡Son tal para cual! Ahora mismo voy y se lo cuento a mi madre. ¡Se va a enterar!
¿Mi madre? ¿Dónde está mi madre? Cuando llegamos la dejé junto a las mesas y las sillas del campo, pero no está.
¿Habrá ido al río? No. Tampoco está en la orilla. Estará en el coche, seguro.
Me estoy asustando. No está.
Siempre está aquí, ¿por qué no está? ¿Dónde ha ido?
¡Papá! ¿Dónde está mamá? ¿Papá? Papá, ¿me oyes? Escucha y deja de reírte, te estoy hablando. ¡Mamá se ha ido! Me está entrando una angustia enorme.

Me despierto de golpe, sudando, con el corazón a doscientos por hora latiendo fuerte junto a mis ojos. Parece que mi cabeza fuese a estallar. Mi madre había desaparecido. También.
Será eso. Seguro que estoy echando de menos a quien realmente se ha ido.
Son las ocho de la mañana y es hora de levantarse. Me han dicho que lo mejor es que vaya al colegio y que haga una vida normal – Cuanto antes lo asuma, mejor para todos– eso dice mi padre.
Y encima hoy toca deporte.

Tomando las dos puntas, una cruz debes formar: pasa una por la “cueva” y ahora la estirarás.

No recuerdo el resto pero siempre que me ato las zapatillas, mi mente tararea esa cancioncilla.
Mochila preparada. ¡A desayunar!

- Buenos días mamá. ¿Qué tal?
- Buenos días Tobías. Dame un beso. ¿Has dormido bien?
- Sí – para qué dar más explicaciones. ¿Has hecho tostadas?

- Claro hijo. Poco hechas, como a ti te gustan. También te he preparado un zumo.

Me habla pero no me mira, aún está metida en su mundo. No sé qué hacer para que sonría, no sé lo que piensa.

Desayuno rápido y voy volando a lavarme que llego tarde, como siempre. Mi colegio está a las afueras del pueblo, en un edificio que es muy viejo, pero que a mí me gusta mucho.

Cada una una de las clases da directamente a la calle, como si fueran dos filas de *bungalows* de esos de los campings, que se miran formando un patio entre ellos. A parte, hay otro bloque con el comedor, el gimnasio, la biblioteca y los despachos de los profes.

Es un cole pequeño al que llego caminando en quince minutos desde casa, y sin tener que ir deprisa.

En la esquina de mi calle me espera mi vecino Ismael, que se sienta justo detrás de mí. Somos buenos amigos y nos gusta hacernos compañía durante el camino.

Uno, dos – hoy viene sin chándal, lo que me sorprende, y yo soy muy muy curioso.

- ¿No vas a hacer deporte?
- No.
- Y ¿por qué?
- Porque no.
- Pero, ¿qué te pasa?
- Nada.
- ¿Estás enfermo?
- No.
- ¿Entonces?
- Entonces, ¿qué?
- ¿Y qué vas a hacer a esa hora?
- Nada.

Me está tocando las narices. No quiere contarme algo que está claro que le pasa– seis, siete – me gusta contar los árboles en hilera que hay a lo largo de la calle. A éste le pasa algo gordo – nueve y diez. ¿Qué piensa?

El aire se detiene, el mundo se ha quedado congelado y el sonido desaparece. Otra vez no noto mi cuerpo, no me noto respirar, ni latir mi corazón.

Es como ayer. He entrado en otro mundo desde el que veo éste. Puedo verme a mí mismo. He salido de mi cuerpo para entrar en un sueño en el que me veo junto a Ismael, de camino al cole, mirándonos a la cara.

No puedo sentir, ni oír, ni oler, ni tocar nada, pero sí ver. La imagen cambia, los ojos verdes de mi amigo ocupan toda mi visión y se transforman en azul cielo. Ya imagino lo que va a pasar y me sale una pequeña sonrisa.

De nuevo estoy frente a los ojos de mi abuela. Empiezan a moverse, a abrirse como una puerta que me trasladará a otro sitio: al mundo interno de los secretos y pensamientos de Isma. El punto negro del centro se agranda y me cuelo sin pensarlo dos veces.

Veinte, veintiuno, veintidós – estoy dentro de la cabeza de un niño de doce años. ¡Toma ya! Ahora voy a buscar respuesta a mi pregunta.

¡Jobar, no me lo creo! Hay un montón de críticas a más de la mitad de la clase y a buena parte del resto del colegio. A muchas chicas porque piensa que son unas niñas o unas pesadas. A muchos chicos, o bien por lo cutres que son, o porque son unos pringados, o bien porque están por las mismas chicas que él.

¿Las mismas chicas? ¿Por cuántas está Isma? ¡Ostrás! La lista es bastante larga. La encabeza Patricia, que nos gusta a todos y después Julia que es un poco “ligera” como diría mi madre. Pero, ¡es que hay más de veinte!

Lo peor es que alguna solo le gusta porque se lo he dicho yo. A ver, no es que Marisa no esté bien, a mí me gusta, pero no es su tipo, seguro.

Sus pensamientos me cuentan que solo lo hace para fastidiarme, ya decía yo. Igual que aquella vez que se empeñó en pedirle salir a Rebeca y cuando consiguió que le dijera que sí, le contestó que ya estaba por otra. Ahora veo que en ningún momento le había interesado.

¡A saber lo que piensa de mí!

Mis ojos deben haberse convertido en dos platillos volantes que giran a toda velocidad. ¡Estoy alucinando!

Cree que soy un imbécil integral, un inmaduro, un pesado y le doy asco. No soporta ni mi risa, ni mis chistes. No le gusta mi forma de vestir y mucho menos mi manía de preguntarlo todo.

Jamás será amigo de un *friki*empollón, como yo, que no sabe dar una patada a un balón. Finge para que le pase los deberes de lengua y le ayude con las mates y el inglés. No tiene ningún interés en saber nada de mí, ni de mis amigos, a no ser que alguna de mis amigas le guste.

Todo esto así de golpe, se te atraganta, te lo digo yo.

Siempre he pensado que éramos amigos. Me sonrío y me mira como si me tuviera cierto aprecio, ¡que tío más falso! ¿Por qué no me dice la verdad? ¿En serio piensa eso? Estoy decepcionado, triste y cabreado.

No hace mucho que le mangué tabaco a mi hermano. Isma decía que ya lo había probado varias veces y que yo estaba tardando. Decía que no tenía dinero para comprar, pero le apetecía uno de vez en cuando. Él sabe que el plasta fuma, así que me pidió que le sisara un par de cigarrillos, a modo de favor. Yo se los llevé como señal de amistad, aunque nunca los compartió conmigo. A mí realmente no me apetecía. ¡Maldito tonto!

También recuerdo pasarme una noche entera haciendo chuletas para que se las llevara a los exámenes finales. Me dijo que tenía terribles jaquecas y que le ayudase, por favor. Ahora sé que también era mentira.

Con la de veces que habremos ido juntos al cole haciendo “paraguas stop”. Te cuento, es una tontería nuestra. Nunca jamás llevamos paraguas al cole porque eso no mola, según dice él. Así que salimos de casa solo con chaqueta y gorro aunque llueva a lo bestia. En el camino a clase, buscamos encontrarnos con alguna compañera con paraguas que vaya sola y le preguntamos si no le importa taparnos. Quedamos en la verja de la entrada para comparar quién está más mojado y contarnos si hemos ligado. El que esté chorreando pierde y paga el bocadillo ese día.

Parece ser que a sus amigos les explica tranquilamente que me tiene amaestrado. Que hago todo lo que me pide porque soy como su perro. Alguno la ha insinuado que lo que pasa es que estoy por él. Isma ha dejado bien claro que mientras no le toque un pelo y siga haciéndole los deberes, no tiene mayor problema.

Genial, resulta que me han etiquetado de maricón en el cole y ni siquiera lo sabía. Esto va mejorando por momentos...

Creo que tengo suficiente.

Saliendo de lo más profundo de su cabeza, me entero de que lleva varios días con diarrea y le duele un montón el estómago. Anoche estuvo vomitando, trae un justificante de su madre y por eso no va a hacer deporte hoy.

Pues me lo podría haber dicho, ¿no? Tampoco es para tanto. Así no me habría enterado de otras cosas.

También puedo ver que no tiene ninguna intención de contárselo a nadie, y claro, mucho menos a mí. Creo que era mejor no haber sabido nada de todo esto.

Me siento fatal.

Parpadeo y ¡zas! Aterrizando en mi cuerpo. Ya estoy dentro de mí. Vuelvo a comprobar que estoy entero. Me pellizco un brazo y todo está en orden, porque duele. Esta vez ha sido menos angustioso, puede que termine acostumbrándome. Isma gira la cabeza y sigue andando como si tal cosa, porque realmente para él no ha pasado nada. Mi “amigo” no se da cuenta de mi viaje y ahora yo conozco sus pensamientos, aunque no molan nada. El resto del camino prefiero ir callado. Ahora que lo sé, tengo que terminar esta relación sin que suponga un problema.

Otra mañana que a Don Ramón le ha parecido una idea maravillosa echar un partido de fútbol. Creo que en el fondo lo hace porque no se ha preparado la clase y así trabaja menos. Los chicos fútbol y las chicas, baloncesto a una sola canasta. Nosotros sin árbitro y a patada limpia y ellas con él sin perder detalle, por si alguna se tuerce un tobillo. Lo normal.

Los chulos capitanes de siempre van eligiendo a los amigos y a los más buenos, provocando con o sin querer, humillación en los que quedamos. Por suerte para mí no soy el último, a Carlos no le quiere nunca nadie, es más malo incluso que yo. Mis únicos objetivos, en los siguientes cuarenta minutos en mi puesto de defensa, son sobrevivir sin nada roto e intentar no hacer demasiado el ridículo.

A la siguiente, inglés con la profesora “ausente por excelencia”. Ni siquiera sé de qué color tiene los ojos, viajan incansablemente entre el suelo y el techo de la clase. Un día se lo conté a mi madre y me dijo que igual estaba pasando una mala época, que lo mismo se había separado del marido, se había muerto alguien en su familia o algo así. Pues va a ser eso, digo yo, porque parece muy perdida, la pobre.

Lengua. Una hora analizando frases morfológicamente, ¿esto para qué sirve? Sí, hay que saber lo que es un nombre, un adjetivo y lo de conjugar los verbos. Hasta ahí bien, pero lo de los complementos preposicionales, las frases subordinadas y no sé qué más, ¡si son frases! Pues se escribe lo que se quiere decir y ya está, ¿no? No es que me parezca difícil, pero me parece un rollo y no lo veo útil. Llámame práctico, no me importa. A veces pienso que Doña Rosa nos pone frases súper largas solo para tener tiempo libre y estar a sus cosas.

Me pregunto si también podría entrar en su cabeza y saber lo que está pensando. ¡Vamos a probar! Una, dos, tres – cuento las palabras de este último ejercicio – seis, siete, ocho – miro a mi profesora que sigue ausente – ¡diez! ¿Qué piensa?

Pues no tengo ni idea. Esto no ha funcionado. ¿Solo vale para niños? ¿Será que me lo he soñado todo?

No me fastidies, ¡que a Isma ya le he hecho la cruz!

Voy a probar otra vez, pero con otro plan. Me fijaré en ella hasta que me devuelva la mirada, mientras vuelvo a contar hasta diez. Si no funciona y me pilla, levanto la mano y pido ir al baño, aunque se cabree. No le gusta que lo hagamos en mitad de clase. ¡Vamos allá! Uno, dos, tres – ni caso me hace – cinco, seis – me creo *Superman* con su visión de rayo láser intentando atravesar la pared de acero que me separa del interior de su cabeza – ocho, nueve – ¡ya me mira! – ¡diez! ¿Qué piensa?

El aire se vuelve a detener y el sonido desaparece, ¡BIEN! Todos mis compañeros están paralizados, congelados. No noto mis manos, no puedo tocarlas ni sentirlas. Puedo verme a mí mismo desde fuera, en ese sueño en el que solo aparece mi cuerpo y el de Doña Rosa. Dos caras mirándose frente a frente como si no existiera más universo alrededor.

Enseguida aparece la imagen que espero. Los ojos de mi tutora se acercan llenando mi campo de visión y poco a poco cambian al color azul de los de mi abuela. Acto seguido, empiezan a moverse abriéndose la puerta que me dejará pasar al interior de su cabeza. Con un pequeño movimiento, como si flotara, sin vacilar, me adentro en los pensamientos de la profe. Esto se está convirtiendo en un juego divertido, aunque no sé si peligroso. Vamos a ver en qué está tan entretenida.

¡Pues sí que tiene cosas en la cabeza! A ver si vamos por partes.

Por un lado está el marido con el que no hace más que discutir, al parecer por culpa de su madre, que vive con ellos. Puedo sentir el odio. Es enorme comparado con lo que yo muchas veces noto, cuando me cabreo con el tonto de mi hermano. ¿Por qué los padres discuten tanto entre ellos? Si se supone que se quieren, ¿no? Si no, ¿por qué siguen juntos?

¡Espera! ¡Es peor! Siento el dolor en su cuerpo, me refiero a dolor físico. Sus brazos y su cara han tenido cardenales. Hay un enorme miedo, piensa que volverá a ocurrir. Se encuentra sola, cree que nadie puede ayudarla. No sabe qué hacer, y eso que es adulta. Por el fondo veo un problemón con su hermana Charo, con la que no se habla desde hace años y a la que “se la tiene jurada”. Parece que viene desde cuando murieron sus padres. ¡Vaya movida!

Por este otro lado veo un montón de preocupaciones por el dinero. Hay un señor de un banco con el que ha discutido más de una vez, incluso la ha amenazado. Pues que le denuncie, ¿no? ¡Madre mía, qué follón!

Aquí en una esquina aparece sufrimiento por su salud. ¡Anda! Está mal de la espalda y tiene muchos mareos, por eso tiene tan mal humor. No lo sabía.

Encima de la frente aparece otra vez su suegra, ¡qué pesada! Y al fondo contrario la casa, la compra, la plancha, que la lleva fatal,..., ¡Uff! ¡Qué agobio me está entrando! Y otra vez su marido.

Pero entonces, ¿está mujer cuándo se ríe? ¿Cuándo es feliz? Vaya vida, ¿no?

¡Ahí veo una luz pequeña! Es una sonrisa que le sale cada vez que, ¡jobar! Cada vez que enseña cosas a sus niños del cole. Es lo que más le gusta hacer. Se siente bien con nosotros cuando consigue que aprendamos. ¡Qué flipante! No me lo esperaba.

Creo que voy a salir. He visto más de lo que debería. Hoy tengo demasiadas ideas nuevas en mi cabeza.

Parpadeo y ¡zas! De vuelta al mundo real. Puedo tocar mi cuerpo y sentirlo. Sin duda estoy en clase. Mis compañeros se comportan como si no hubiera pasado nada y Doña Rosa ni me mira, está sumergida entre los papeles de su mesa. Me da pena.

Le acabo de decir a Isma que tengo prisa y me he largado corriendo, así puedo volver a casa caminando solo. Quiero pensar, a parte de empezar a poner distancia entre los dos.

Si puedo entrar en la cabeza de la gente, ¿esto es un súper poder? Puedo saber lo que piensan y también lo que saben. Podría adivinar las preguntas de los exámenes si los profesores las guardan en su mente, ¡no había caído!

Podría saber lo que piensa una chica de mí antes de pedirle salir. Podría saber en quién confiar como amigo, o si mis padres me va a dejar ir a acampar este verano, ¡esto es un chollo!

Aunque también conoceré demasiadas cosas que no debería saber. Algunas no sé qué hacer con ellas, como los problemas de Doña Rosa. ¿Y si se las digo a mis padres? Nadie me va a creer si las cuento. Ni siquiera yo acabo de creérmelo.

Uno, dos, tres – se me ha hecho corto el camino – cinco, seis – busco mis llaves en el bolsillo derecho del pantalón – nueve, diez, once, y si cuento aquel coche amarillo del final de la cuesta, doce.

Hoy me he llevado por primera vez unas llaves de casa. Ya no podré hacer sonar mis dedos contra la madera de la puerta y esperar vigilando la mirilla a que ella me abra. Ella no está.

Mi madre me ha dejado encargado de calentar la comida y preparar las cosas mientras ella llega a casa. Tenía que terminar de hacer unos papeles de los bancos, historias de esas de mi abuela.

Se me hace muy raro estar en casa solo, el silencio es infinito.

*Como es hora de comer,
estoy poniendo la mesa.
Lo primero que preparo
es mantel y servilletas.
Después coloco los platos,...*

Otra cancioncilla infantil que me enseñó mi abuela para poner la mesa. He pasado tanto tiempo bajo su mirada que no paro de acordarme de ella.

Al poco se oye el *click* de la puerta de la calle.

- Hola Tobías, ¿qué tal tu día?
- Hola mamá – respondo con cierto cansancio.
- ¿Estás bien hijo?
- Sí, ¿por?
- Te noto alicaído.

Por primera vez desde hace tiempo, mi madre sujeta mi cara con sus manos. La inclina hacia arriba haciendo que mis ojos queden frente a los suyos y me mira de frente. Lo hace con cariño, con esa enorme dulzura que una mujer es capaz de proyectar solo sobre los que son sus hijos. Aparta el pelo de mi flequillo y me acaricia la cara suavemente.

Mi pecho se hincha. Una gran respiración inunda mi cuerpo, como si se alimentara cada una de sus esquinas. Noto una pequeña descarga eléctrica que llega hasta cada uno de mis rincones, activándolos, haciendo que despierten. Una sonrisa involuntaria y tranquila aparece en mi boca.

Mis pupilas se fijan en las suyas y ahí se quedan, contemplando esos enormes ojos azules. Nunca me había fijado pero son iguales a los de mi abuela. Es más, ¡son idénticos!

Uno, dos, tres – quiero saber qué quiere decirme con su mirada – cinco, seis – ahora no me importa si veo algo que no debo – nueve, diez – ¿Qué piensa?

Esta vez el escenario no cambia. Nada se para y nada se congela. Noto mi cuerpo como si no hubiera funcionado. Me noto respirar. Siento latir mi corazón.

Toda mi visión se centra en los azules ojos de mi madre, que aún así, comienzan a abrirse. Cuando el punto negro ocupa todo el círculo y creo que puedo entrar, sus ojos vuelven a la posición natural. Se cierran, dejándome un mensaje.

En lo que dura un suspiro mi madre sonríe y me regala un beso en la frente.

Se marcha a la cocina y yo,..., yo sé que he perdido mi súper poder.

Creo que lo entiendo. Los ojos de mi abuela observaban mi vida y cuidaban de mí, incluso cuando no me daba cuenta. En estos días mi madre no ha podido ser ella misma, ha estado abatida y ausente. Pero ahora que mi abuela no está, le toca a mi madre tomar el relevo.

Estoy seguro de que será capaz de protegerme, igual o mejor. Y sé que lo hará con todo su empeño.

Respiro tranquilo.

CBS - ABRIL 2019